

Escritura de la Historia y formación de la memoria colectiva en Ecuador*

Historical writing and the formation of the collective memory in Ecuador

Escrita da História e formação da memória coletiva em Equador

Carmen Fernández-Salvador

Universidad San Francisco de Quito (USFQ)

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i49.736>

El culto a la nación estudia la escritura de la historia y la formación de la memoria colectiva en el Ecuador de 1870 a 1950. En una primera parte del libro se estudia el trabajo de intelectuales autónomos o “solitarios” como Pedro Fermín Cevallos y Federico González Suárez, quienes estuvieron activos durante las últimas décadas del siglo XIX. La segunda parte se enfoca en el aporte de un grupo de intelectuales de la primera mitad del siglo XX, a quienes el autor define como académicos autodidactas. A diferencia de los letrados del período anterior, estos se forjaron en medio de una sólida comunidad intelectual. Se trataba de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, fundada en 1909 por Federico González Suárez, y que años más tarde daría paso a la Academia Nacional de Historia. En este contexto, los estudios históricos adquirieron entonces un carácter institucional y se desarrollaron técnicas especializadas de investigación.

Los metarrelatos históricos del siglo XIX se explican a partir de categorías diferenciadas y opuestas: el *Resumen de la Historia del Ecuador* de Pedro Fermín Cevallos se define como la gran narrativa secular, mientras que la *Historia General del Ecuador* de Federico González Suárez, que integra el estudio del pasado precolombino y rescata el papel de la Iglesia en el Ecuador, se describe como la gran narrativa católica. Se señala, por otro lado, que la preocupación de González Suárez se extendió a la formación de historiadores especializados que poseyeran las destrezas necesarias para alcanzar la “verdad” histórica, a partir de un análisis de fuentes documentales. Gonzá-

lez Suárez, de esta forma, aparece como pieza fundamental que articula la transición entre el académico solitario de las últimas décadas del siglo XIX con la institucionalización del trabajo histórico que inició en el siglo XX.

Bustos describe a los académicos entrenados por González Suárez como eruditos diletantes puesto que, como él bien lo señala, su trabajo no se originó en una formación universitaria especializada. Más aún, la debilitada universidad pública ecuatoriana había dejado de ser un centro de producción intelectual y debate académico. En esto, la experiencia ecuatoriana, y la de muchos países hispanoamericanos, era diferente de la de Europa y de Estados Unidos, se señala. Acertadamente, el libro también propone que la Academia Nacional de Historia y la institucionalización de la investigación histórica en el Ecuador se inspiraron en la Real Academia de Historia, la que se fundó en España tras la restauración borbónica, en el último cuarto del siglo XIX. En España, al igual que en América Latina, la universidad languidecía, pero inició su recuperación a principios del siglo XX, cuando se fortalecieron las facultades de filosofía y letras. De gran importancia fue la creación del Centro de Estudios Históricos, cuya propuesta historiográfica buscaba la revitalización de la nación en diálogo con las antiguas colonias en Hispanoamérica. Esto nos sugiere hasta qué punto la profesionalización de la historia, en España e Hispanoamérica, iba de la mano con un proyecto político de celebración patriótica. El resultado más importante de este esfuerzo fue la difusión del hispanismo en la región, y de manera especial en el Ecuador.

Estudios y publicaciones anteriores, de Ernie Capello y del mismo Guillermo Bustos, presentan al hispanismo como un movimiento político e intelectual que celebraba la conquista y colonización españolas de América Latina, y demuestran la enorme influencia que este ejerció sobre académicos ecuatorianos de diferentes disciplinas durante la primera mitad del siglo XX. En *El culto a la nación* se discute con más detenimiento la tradición hispanista en el trabajo de tres autores: Jacinto Jijón y Caamaño, el historiador del arte José Gabriel Navarro, y el diplomático y académico Julio Tobar Donoso.

Uno de los aportes importantes de este libro es el análisis de las obras de estos escritores desde el punto de vista del discurso. El autor las denomina “narrativas históricas” o “relatos históricos”, dos términos que sutilmente las sitúan cerca del ejercicio literario. Con el fin de elucidar de qué manera la “prosa histórica hispanista”, como se titula esta sección, construye una visión particular del pasado, el libro estudia la relación entre la escritura de la historia y el archivo. El archivo colonial, se argumenta, se convierte en la matriz del archivo nacional; de la misma manera, y por extensión, el período colonial se construye como el origen de la nacionalidad ecuatoriana. Esto se revela claramente en Jacinto Jijón y Caamaño, tanto en su estudio sobre

Sebastián de Benalcázar como en la conferencia titulada *La Ecuatorianidad*, dictada en 1942 en la Universidad Central. Como bien señala Bustos, Jijón y Caamaño situó el origen de la nacionalidad ecuatoriana en el siglo XVI, en “cuna castellana”, minimizando, así, la contribución de los pueblos indígenas. Ahora bien, parecería existir una contradicción entre los intereses académicos de Jijón y Caamaño, centrados en la investigación del pasado precolombino, y su argumento sobre el origen castellano del Ecuador. Según el argumento de Bustos, esto se logró, en gran parte, desde una intervención en el archivo colonial, tomando en consideración una “jerarquía de fuentes”, como se describe a este ejercicio selectivo. Esta operación inversa, desde el archivo colonial al pasado precolombino, le sirve a Jijón y Caamaño para anular la inclusión del pasado aborigen en la narrativa nacional. Señalando que el Ecuador precolombino estuvo habitado por pueblos diversos y autónomos, los que no lograron consolidar una unidad política o cultural, argumenta que el origen de la nación ecuatoriana no podría encontrarse en ese momento.

En este libro se reconoce que la prosa hispanista no fue homogénea, y por ese motivo, su autor se concentra en identificar las singularidades de los diferentes académicos que se adherían a esta tendencia. En este contexto, el historiador del arte José Gabriel Navarro es un interesante complemento a Jijón y Caamaño. Los dos autores comparten su preocupación por otorgar precedencia a la herencia hispana, en detrimento de la contribución indígena. En los dos también se encuentra lo que en este libro se denomina “código de pacificación social en la historia ecuatoriana”, que se construye a partir de la naturalización de las jerarquías sociales. A más de estas coincidencias, Bustos reconoce una contradicción inherente en el trabajo de Navarro, en el sentido de que en sus estudios transpiran dos adscripciones, la una patriótica y la otra hispanista. De esta manera, si bien Navarro defiende el legado hispano, y sitúa el arte colonial quiteño como el origen de la nacionalidad, en ocasiones también critica al colonialismo español. De igual forma, si bien en un intento por definir una producción “quiteña”, Navarro negó la contribución individual de artistas y, notablemente, su procedencia étnica, él también se preocupa por atribuir obras a pintores y escultores específicos, identificando a autores indígenas como Pampite, Caspicara y Sangurima. Una contradicción similar se identifica en la escritura de la historia constructiva de edificios coloniales. Siempre apoyado en documentos históricos, anota Bustos, Navarro habla de la contribución de la mano de obra indígena, a la que se describe como anónima. Si bien identifica los nombres de dos artesanos indígenas provenientes de Potosí, y que trabajaron en la construcción del convento de San Francisco, también resalta su subordinación con respecto a los modelos españoles, en un gesto que naturaliza la existencia de

jerarquías. Esa negación del autor indígena, oculto tras el velo de la mano de obra anónima, va a filtrar nuestra comprensión de la producción artística quiteña hasta el trabajo reciente de Susan Webster y que nace, paradójicamente, también del archivo.

Un segundo aspecto de relevancia en este libro es la manera efectiva de señalar la estrecha conexión entre la investigación histórica y la construcción de la memoria social, articulada a través de la conmemoración cívica. Esto se hace, por ejemplo, a través del análisis de la celebración de los cuatrocientos años de la fundación de Quito, un gesto que ratificaba el pasado hispano de la ciudad y de la nacionalidad ecuatoriana. Bustos destaca el contexto en que tiene lugar la conmemoración, un momento cargado de crisis política y conflicto social; la celebración de la quiteñidad se podría leer, entonces, como una estrategia de “pacificación social”. En este contexto, el autor también demuestra de manera contundente la utilidad política de la escritura de la historia. Esta se muestra como una acción consciente y poco inocente, un proceso de selección y negación que da forma a una narrativa oficial, y que tiene un impacto definitivo sobre la opinión pública. Es así que, a través de la reinterpretación de los hechos ocurridos en 1534, de acuerdo a los relatos vigentes hasta ese entonces, se ratifica la importancia histórica de Quito y de Sebastián de Benalcázar como su fundador. A la par, la conmemoración de la muerte de Atahualpa, impulsada por actores indígenas e intelectuales como Pío Jaramillo Alvarado, era negada desde el discurso oficial.

Un tercer aspecto significativo de este libro tiene que ver con la evidente contradicción que deja entrever entre la posición aventajada que ocupaba el investigador frente al resto de la sociedad, y la presencia pública que se demandaba de él. Por un lado, y desde muy temprano, argumenta Bustos, los miembros de la Academia Nacional de Historia participaron en la defensa del acervo histórico y cultural del Ecuador. Esto también lo ha sugerido Malena Bedoya, trayendo a colación el debate que tuvo lugar al interior de la Academia Nacional de Historia sobre el concepto de “reliquia histórica”, y que de alguna manera antecede y sienta las bases de discusiones y definiciones posteriores sobre “patrimonio” nacional. Los académicos eruditos, por otro lado, contribuyeron no solo al *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, órgano especializado que reunía los trabajos de sus miembros, sino también a otros medios impresos de difusión más amplia, como fue el diario *El Comercio*, un gesto que colocaba a su trabajo en estrecho diálogo con la opinión pública. Se entiende, de esta manera, que la investigación histórica no se ejercía únicamente con un fin académico e intelectual, sino que estaba también motivada por una suerte de espíritu patriótico que a la vez concedía un aura de especial autoridad al historiador. La presencia pública del académico, por otro lado, contrasta con el lugar de privilegio en donde ocurría la

investigación histórica, y que inevitablemente resultaba del diletantismo de los académicos y de la distancia que los separaba de la universidad. No solo que la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, y luego la Academia Nacional de Historia, se formaron por medio de la cuidadosa selección de investigadores, sino que los “lugares de conocimiento” eran “lugares privados”. Ante la ausencia de una institucionalidad que garantizara la biblioteca y el archivo público y, voy a añadir, el museo público, los académicos diletantes formaron sus propios repositorios de libros, documentos y otros objetos de estudio. El caso más conocido, nuevamente, es el de Jacinto Jijón y Caamaño, coleccionista y bibliófilo extraordinario, quien apoyó su investigación en la documentación de su propio archivo, al igual que en los objetos de su museo privado.

Para finalizar, *El culto a la nación* también despierta nuevas preguntas en el lector y sienta las bases para futuros debates y trabajos de investigación. Uno de ellos tiene que ver con los posibles diálogos continentales en los que participaron los académicos ecuatorianos en este período, y el impacto que estos tuvieron sobre su trabajo. Este es el caso de José Gabriel Navarro, por ejemplo, cuyos estudios sobre historia del arte revelan la fuerte influencia que él recibió de los argentinos Martín Noel y Ángel Guido. Este libro también invita a una futura reflexión sobre el aporte de otros estudiosos conservadores como Aurelio Espinosa Pólit, preocupados por la conformación de una biblioteca nacional en ausencia de un proyecto estatal. Finalmente, un interesante complemento para esta discusión es el museo privado que, junto con el archivo privado, fue un importante lugar de conocimiento durante la primera mitad del siglo XX. Malena Bedoya ha comentado sobre la existencia del Museo de Bellas Artes y Arqueología de Jesús Alvarado, quien en su catálogo publicado en 1915 lo describe precisamente en esos términos, argumentando que “los anticuarios podrían sacar una verdadera y completa historia con el estudio de esta colección”. Al igual que Alvarado, Jacinto Jijón y Caamaño utiliza su museo como una especie de microcosmos en el que se condensa la historia ecuatoriana, y a partir del cual, junto con la biblioteca y el archivo, se puede dar forma a una narrativa de la nación.